

El valor intrínseco de las criaturas. Desde la contemplación de la creación hacia la superación de las implicaciones negativas del paradigma tecnocrático

The intrinsic value of creatures. From the contemplation of creation towards overcoming the negative implications of the technocratic paradigm

[Artículo de investigación]

Fabián Leonardo Rueda¹

Recibido: 15/03/2023

Aceptado: 03/04/2023

Citar como:

Rueda, F. L. (2023). El valor intrínseco de las criaturas. Desde la contemplación de la creación hacia la superación de las implicaciones negativas del paradigma tecnocrático. *Revista Albertus Magnus*, 14(2), 86-121. <https://doi.org/10.15332/25005413.10413>



Resumen

La crisis medioambiental que atraviesa nuestro planeta en la actualidad exige respuestas claras y acciones concretas por parte de los entes sociales, religiosos, económicos y gubernamentales, en pro de una transformación positiva de las actitudes que el ser humano tiene hacia la naturaleza. El paradigma tecnocrático se ha convertido en una perspectiva ideológica desde la cual se percibe la realidad y las dimensiones del ser humano. Los efectos del paradigma tecnocrático no garantizan la subsistencia del ser humano en la Tierra. Algunos elementos de la tecnocracia fueron sustentados por las perspectivas cristianas y las interpretaciones antropocéntricas de los textos bíblicos, referidos al dominio humano de la creación. Para responder a esta situación, proponemos empezar por valorar las criaturas en sí mismas, bajo el fundamento de la teología de la creación y una actualización hermenéutica de los textos bíblicos referidos a la

¹ Universidad Santo Tomás, Bogotá, Colombia. Correo electrónico: ruedafabian928@gmail.com; ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-7370-8622>; CvLac: https://scienti.minciencias.gov.co/cvlac/visualizador/generarCurriculoCv.do?cod_rh=0001726075

acción creadora de Dios y la importancia que tiene el ser humano en el universo. De cara a lo anterior, ¿cómo puede la teología fundamentar y promover el valor intrínseco de las criaturas? La apreciación del valor intrínseco de las cosas, que oriente una actitud contemplativa del cosmos, en contra de la visión utilitarista de los recursos derivada del paradigma tecnocrático, llevaría a moderar las acciones humanas cotidianas, propendiendo hacia una disminución del deterioro medioambiental desde los ámbitos de la vida personal, pasando por el ámbito familiar y repercutiendo en la sociedad misma.

Palabras clave: criatura, creación, paradigma, tecnocracia, ecología.

Abstract

The environmental crisis that our planet is currently going through requires clear responses and concrete actions by social, religious, economic and governmental entities, in favor of a positive transformation of the attitudes that human beings have towards nature. The technocratic paradigm has become an ideological perspective from which reality and the dimensions of the human being are perceived. The effects of the technocratic paradigm do not guarantee the subsistence of human beings on earth. Some elements of technocracy were supported by Christian perspectives and anthropocentric interpretations of biblical texts, referring to the human domain of creation. To respond to this situation, we propose to begin by valuing the creatures in themselves, under the foundation of the theology of creation and a hermeneutical update of the biblical texts referring to the creative action of God and the importance that the human being has in the universe. In light of the above, how can theology substantiate and promote the intrinsic value of creatures? The appreciation of the intrinsic value of things that guides a contemplative attitude of the cosmos, against the utilitarian vision of resources derived from the technocratic paradigm, would lead to moderating daily human actions, tending towards a decrease in environmental deterioration from the areas of personal life, passing through the family environment and having an impact on society itself.

Key words: creature, creation, paradigm, technocracy, ecology.

Introducción

Las dinámicas de la sociedad actual, en muchas ocasiones, favorecen abusos y maltrato en perjuicio del medio ambiente. Las estructuras de gobierno que no tienen en cuenta las condiciones y limitaciones medioambientales se fundamentan en una visión antropocéntrica desviada, la cual considera al hombre con la autoridad de utilizar a su manera los recursos naturales. Esta perspectiva del ser humano puede avalar, además, el dominio despótico de los recursos, desconociendo las potencialidades, las dinámicas propias y las finalidades de la naturaleza.

Las condiciones de un sistema económico de corte capitalista toman para sí la capacidad científica y técnica para garantizar la existencia de su estructura. Se genera en la sociedad un interés ligado al consumo exacerbado de productos y, por ende, una necesidad de producción exponencial que no tiene en cuenta los límites y el equilibrio medioambientales (además de la problemática social que esto genera). “Los problemas ecológicos no son sino la repercusión negativa de las acciones de los hombres y, por obvias razones, de las naciones y estados que con sus decisiones están afectando profundamente el equilibrio sistémico del planeta” (Mejía Correa, 2016, p. 139). Las dinámicas de producción y consumo exagerados pueden ser generadas a partir de la perspectiva ideológica que se conoce hoy como paradigma tecnocrático, cuyos influjos olvidan los límites naturales de la misma tierra. El ser humano se convierte en un ser indiferente ante los problemas socioambientales, de cara a la amalgama de productos y a la necesidad de adquisición material que el mismo sistema le infunde.

El Magisterio de la Iglesia se ha preocupado, especialmente en las últimas décadas, por reflexionar sobre el papel que tienen las personas (particularmente los creyentes) dentro de los procesos de conservación frente al deterioro medioambiental y social. El Papa Francisco, en la exhortación apostólica postsinodal Querida Amazonia, recuerda que “la Iglesia, con su larga experiencia espiritual, con su renovada conciencia sobre el valor de la creación [...] también quiere aportar al cuidado y al crecimiento de la Amazonia” (QA 60). En esta medida, se han publicado textos y reflexiones que abordan una fundamentación teológica del cuidado y la relación con las criaturas. Estas iniciativas conceptuales, en muchos casos, han derivado en propuestas pastorales en las cuales se hace un llamado al ser humano a tomar conciencia de la crisis socioambiental que atraviesa el planeta Tierra y a ser parte activa de un cambio importante. Las acciones se desarrollan propendiendo a actitudes y comportamientos orientados a la subsistencia del ser humano y del entorno medioambiental.

Proponemos un acercamiento más profundo al concepto teológico de creación que oriente la identificación de un bien propio de cada criatura. La reflexión sobre la bondad intrínseca de las cosas se presenta como un paso que ayuda al ser humano, particularmente al creyente, a clarificar su papel y su lugar dentro de la realidad creada. La persona, desde las perspectivas del Génesis, es creada como ser consciente de su entorno y como cuidadora insigne de la belleza que se manifiesta en la obra de Dios. Además, los aportes bíblicos, teológicos y magisteriales se orientan a la superación de los influjos que genera el paradigma tecnocrático. Los creyentes son llamados a ser parte de un camino que propende a acciones concretas en pro de un mejoramiento de la calidad de vida de las personas,

teniendo en cuenta los límites, los equilibrios en los sistemas y la conservación de las realidades naturales.

El conocimiento sobre el universo, desde el presupuesto de la verdad revelada que se condensa en el concepto teológico de creación, puede llevarnos a buscar argumentos que permitan valorar las cosas. Entendemos que las cosas tienen un valor propio; por ello, hablamos del carácter intrínseco de dicha bondad. Para esto, consideramos como fundamento importante el estudio realizado por Tomás de Aquino en orden a la teología de la creación. Esto posibilitaría una fundamentación teórica que promueva cambios de conducta en las personas, particularmente en los creyentes, buscando superar los efectos negativos del paradigma tecnocrático. En esta medida, consideramos que un paso importante para promover la cultura del cuidado, fundamentada en la teología y la experiencia creyente, es la valoración de las criaturas en su realidad concreta. La actitud del hombre y la mujer de fe se traduce en el aprecio y el reconocimiento de la bondad intrínseca de las cosas, afirmando con Moltmann (1987) que la naturaleza, en un ambiente religioso y espiritual, “hay que entenderla como comunión de la creación. En modo alguno hay que entender por creación el mundo que el hombre debe someter” (p. 17).

Así las cosas, en primer lugar, presentaremos algunas reflexiones sobre la cuestión del paradigma tecnocrático, sus implicaciones y los retos que presenta para el quehacer teológico. En segundo lugar, fundamentaremos el valor de la creación presente en algunos textos de la Sagrada Escritura, con el fin de afirmar la importancia que tiene para el creyente la creación y sus implicaciones en el campo de la fe. En tercer lugar, buscamos exponer algunos aportes que ha hecho Tomás de Aquino en la doctrina de la creación, para encontrar en ellos elementos que permitan discernir la necesidad del cuidado integral de las criaturas. Finalmente, se propiciará una reflexión sobre el valor que tienen las cosas en sí mismas, articulando los elementos bíblicos, las intuiciones tomistas y los aportes del quehacer teológico.

Definición, implicaciones y retos del paradigma tecnocrático

Definición de paradigma tecnocrático

Un paradigma es un modelo mediante el cual determinada comunidad humana comparte una serie de valores y experiencias condicionadas por dicho modelo. Asumir un paradigma lleva a adoptar creencias y actitudes aprobadas por el grupo. El filósofo de la Universidad Nacional de Colombia, Luis Fernando Marín

Ardila (2007), afirma que el hecho de compartir un paradigma “es poseer una representación colectiva o vivir en una cosmovisión o ideología” (p. 36). Una comunidad, al adoptar un paradigma, asume para sí una serie de actitudes y valores, desarrollando formas particulares de interacción con la tierra, las demás personas y la trascendencia.

El ser humano, al asumir un paradigma, aplica a su propio quehacer una forma unívoca de ver la realidad y de actuar con los demás y con lo que hay a su alrededor. Siguiendo a Marín Ardila (2007), “el paradigma es inconsciente, es supra consciente, es decir, el paradigma se internaliza y, como férrea anteojera, no permite ver otras posibilidades” (p. 39). La perspectiva paradigmática hace que se produzca un enceguecimiento de opciones alternativas de vivencia y sitúa radicalmente al ser humano en un modelo sin el cual no podría existir ni llegar a su realización. Las propuestas que no concuerden o que no se amolden a las características del sistema o la estructura ideológica del paradigma se rechazan bajo la presunción de ser irrealizables, erróneas o poco provechosas.

La tecnocracia, por su parte, es una forma de gobernabilidad según la cual los cargos de poder son influenciados y dirigidos por entes especialistas en temas de ciencia, técnica y producción comercial. Los agentes de la tecnocracia se constituyen en una élite de poder político y comercial que ejercen influjo en la esfera política de las naciones y en las instituciones estatales. Para el licenciado en Sociología de la Universidad de Chile, Alejandro Plaza Reveco (2015), la tecnocracia es “una elite que [...] se posiciona en un grupo de instituciones estatales, que, adhiriendo a un modelo técnico, las dota de autonomía por sobre la esfera política” (p. 27). La acción tecnocrática hace del método científico la herramienta de resolución de los problemas sociales. La dirección de las comunidades se vincula íntimamente con la accesibilidad al conocimiento y a la adquisición de saberes técnicos y científicos. Las acciones de gobierno tienden a desarrollar políticas que favorezcan el crecimiento económico para sustentar avances científicos y técnicos.

Así las cosas, consideramos el paradigma tecnocrático como una ideología homogénea y unidimensional, desarrollada por los actores de gobierno, influenciados por las perspectivas técnicas y científicas, orientadas a la producción económica y material. En palabras de Vicente Bellver Capella (2017), el paradigma tecnocrático “sostiene que el poder de la tecnociencia aplicado a la vida económica y social conduce al progreso y al estadio final de la evolución humana” (p. 150). La ideología tecnocrática tiende a convencer al ser humano sobre el desarrollo de su propia especie, a partir de perspectivas y actividades llevadas a cabo en procesos científicos, técnicos y tecnológicos. La persona influenciada por el paradigma tecnocrático puede llegar a creer que la ciencia, la

técnica y la tecnología son los únicos criterios válidos para interpretar la vida y la existencia.

Las personas se identifican, consciente o inconscientemente, con la certeza de que la técnica, fundamentada en los avances científicos actuales, tiene la capacidad de solucionar la totalidad de los problemas presentes. La confianza radical en la tecnología, impulsada por los entes administrativos de las sociedades, tiende a moldear la realidad humana, invalidando cualquier otra alternativa de acción social. El Papa Francisco en su Encíclica *Laudato Si-* LS (2015) afirma que “se volvió contracultural elegir un estilo de vida con objetivos que puedan ser al menos en parte independientes de la técnica, de sus costos y de su poder globalizador y masificador” (LS 108). El paradigma tecnocrático tiende a desarrollar una perspectiva de desarrollo social ubicada únicamente en la acción científica como respuesta a todas las cuestiones humanas. Las personas dejan en manos de la ciencia y la técnica el destino de su existencia.

El paradigma tecnocrático hunde sus raíces en el estupor y la fascinación que los desarrollos de la ciencia y la tecnología generan en el hombre actual. Afirmamos, junto con el Papa Francisco (2015), que “no podemos dejar de valorar y de agradecer el progreso técnico, especialmente en la medicina, la ingeniería y las comunicaciones” (LS 102). Las transformaciones que el hombre realiza en la Tierra para su bienestar son dignas de admiración y han permitido que la humanidad goce de una calidad de vida más alta. El Papa Benedicto XVI, en esta misma línea, en su Encíclica *Caritas in Veritate* – CV, afirma que “la técnica permite dominar la materia, reducir los riesgos, ahorrar esfuerzos, mejorar las condiciones de vida” (CV 69). El hombre, inherentemente a su realidad, tiende a transformar su entorno para mejorar su experiencia vital. Esto lo realiza en el desarrollo de su razón y de sus capacidades técnicas. Sin embargo, la humanidad tiende a absolutizar el avance material, científico y económico.

Algunas implicaciones del paradigma tecnocrático como ideología

Un primer problema que se evidencia, de cara a la aproximación conceptual del paradigma tecnocrático, es la búsqueda de solución y explicación de todos los problemas sociales únicamente desde los criterios de la ciencia y la técnica. El desarrollo científico y técnico se convierte en el único medio para llegar a una idea de felicidad basada en la adquisición material. En palabras del Papa Francisco (2015), al parecer “no puede pensarse que sea posible sostener otro paradigma cultural y servirse de la técnica como de un mero instrumento, porque hoy el paradigma tecnocrático se ha vuelto tan dominante que es muy difícil prescindir de sus recursos” (LS 108). Se tiende a pensar que el progreso material

es el único ámbito de la realidad que aporta al bienestar de la humanidad. El influjo de los intereses económicos tiende a fundamentar su acción en el alcance científico y técnico, influyendo en las acciones políticas de los pueblos.

Otra implicancia del influjo tecnocrático en la sociedad es el olvido de las limitaciones naturales que tienen los recursos. Las cosas no son ilimitadas; cada una de ellas, bajo las dimensiones espacio-temporales, tiene carácter contingente. El paradigma tecnocrático puede tender a afirmar que los recursos naturales no se agotan en el ámbito de la producción. El Papa Benedicto XVI (2009), en la carta encíclica *Caritas in Veritate*, señala que la técnica, “nacida de la creatividad humana como instrumento de la libertad de la persona, puede entenderse como elemento de una libertad absoluta, que desea prescindir de los límites inherentes a las cosas” (CV 70). La humanidad se aferra a las maravillas que le ofrece la ciencia y la técnica, lo cual la lleva a olvidar la evidencia de un límite con respecto a lo que le puede ofrecer la misma naturaleza.

El influjo del paradigma tecnocrático también puede conducir a una percepción ilusoria de la naturaleza, en la cual las cosas se convierten en bienes de disponibilidad infinita (Francisco, 2015). La humanidad, consciente de su capacidad de transformación y de utilización de los recursos naturales, se convence de que la tierra es un acumulado inagotable de recursos puestos a disposición de la ciencia. Las cosas son concebidas unívocamente como instrumentos útiles para la solución de problemas humanos, ordenadas al confort material del hombre. “Lo que interesa es extraer todo lo posible de las cosas por la imposición de la mano humana, que tiende a ignorar u olvidar la realidad misma de lo que tiene delante” (Francisco, 2015, 106). La capacidad que tiene la humanidad de transformar los recursos naturales a través de la ciencia y la técnica, bajo los presupuestos de las dinámicas capitalistas, en muchas ocasiones le brinda una certeza de poder y de dominio. Este poder propende a un olvido de los límites que inherentemente tienen las cosas. La idea de naturaleza como una fuente ilimitada de posibilidades de producción se alía con los intereses económicos de quienes van formando estructuras y mecanismos en los cuales se garantiza la abundancia de ganancias materiales.

Peligros generados por las implicaciones del paradigma tecnocrático

La ideología de la tecnocracia se ve acentuada por un deseo humano de desarrollarse materialmente. Los gobiernos y las élites se fundamentan en el desarrollo científico para organizar sistemas económicos, cuyos fines son el crecimiento material y la capacidad de producción exponencial en función del consumo. La distribución de los recursos tiende a ser desigual y el

aprovechamiento de los mismos se realiza de forma desequilibrada, lo que ocasiona consecuencias profundas en la naturaleza y en la sociedad. En la perspectiva de absolutización económica y financiera “que tiende a fagocitarlo todo en orden a acrecentar beneficios, cualquier cosa que sea frágil, como el medio ambiente, queda indefensa ante los intereses del mercado divinizado, convertido en regla absoluta” (EG 56). Los sistemas económicos que, en última instancia, tienden a influir en el desarrollo de las políticas públicas, se convierten en fines que deben ser asumidos y fortalecidos por las personas. El hombre se convierte en funcionario de los sistemas y de las estructuras de poder. Así las cosas, consideramos al menos tres peligros que conlleva la asimilación de las implicaciones del paradigma tecnocrático.

En primer lugar, vemos el riesgo de una excesiva instrumentalización de los recursos naturales. Esta instrumentalización propende hacia una perspectiva de desarrollo enmarcada solo en el ámbito de lo material, bajo la “creencia de que todo incremento de poder constituye sin más un progreso humano y social” (Remolina, 2018, p. 105). En segundo lugar, afirmamos que la ciencia y la técnica se convierten en fines que avalan y posibilitan los mecanismos de producción en los sistemas económicos que influyen en el poder político. El profesor de Administración y Políticas Públicas de la Universidad de Buenos Aires, Alejandro Estévez (2005), afirma que “la tecnología y la ciencia serán las bases del dominio del hombre sobre la naturaleza. Pero esta tendencia a transformar la ciencia y la tecnología en un fin ha hecho perder los objetivos finales de la acción humana” (p. 7). Finalmente, advertimos que el paradigma tecnocrático puede conducir al olvido del valor de las cosas, atendiendo a una falacia estructural. Esta falacia asegura que la tecnología y el desarrollo científico podrían solucionar todas las dificultades mundiales, incluida la crisis medioambiental.

Retos que surgen para la teología cristiana

De cara a los efectos y las implicaciones del paradigma tecnocrático, la teología tendría herramientas para revalorar la integralidad natural, a partir de la reflexión sobre la condición creatural de todas las cosas. La atención a las implicancias que tiene el paradigma tecnocrático no conduce a la validación de un alejamiento del hombre respecto a su interacción con la tierra. El hombre actúa en la naturaleza, la transforma para su bien, pero está llamado a pensar en los límites que tiene como especie y también en la responsabilidad de conservar lo que existe en pro de la supervivencia de las futuras generaciones. Esta dinámica de interacción con la realidad natural puede seguir llevándose a cabo. Sin embargo, las acciones del hombre en la creación deben ser reflexionadas para que su influjo no se oriente hacia un desequilibrio natural que siga poniendo en peligro la vida en la tierra.

Proponemos, como primer paso en el proceso de revalorización de las cosas, volver la vista a la realidad, fundamentada en una dinámica contemplativa de las cosas en sí mismas. Esta actitud permitiría profundizar en el conocimiento de las cosas para propender hacia un contacto más positivo con el medio ambiente. Torres Queiruga (1996) insiste en que la actual “sensibilidad ecológica adquiere una importancia verdaderamente especial: muestra que [...] el deslumbramiento técnico empieza a ser superado, y que la ceguera positivista alcanzó sus límites” (p. 100). La teología cristiana afirma que el universo es criatura de Dios. Esta convicción posibilita retomar la importancia del valor de las cosas, sustentando una vuelta a la amistad y al contacto del hombre con la naturaleza. De cara al paradigma tecnocrático, entendido como ideología, la teología puede favorecer un acercamiento renovado y equilibrado del hombre hacia las cosas. Esta reconciliación del ser humano con la tierra puede concretarse en actitudes de contemplación y valoración respetuosa de las dinámicas que subyacen a los sistemas naturales, proyectando propuestas pastorales y acciones concretas en grupos sociales, familiares, parroquiales, diocesanos, etc.

Proponemos la valoración de las cosas como un paso que permite orientar al hombre hacia la conciencia de lo que tiene a su alrededor. Los creyentes, al contemplar la creación desde sus bondades intrínsecas y fundamentados en la Sagrada Escritura, podrán promover y emprender acciones que se dirijan al cuidado del entorno, a la consecución de estructuras económicas que tengan en cuenta las necesidades de los más vulnerables, buscando el equilibrio en la distribución de los bienes y estableciendo una relación más amigable con la naturaleza. La contemplación y el respeto por los sistemas naturales se constituyen en un importante eslabón hacia el desarrollo de actitudes y conductas humanas que promuevan cambios culturales orientados a un contacto positivo con el entorno. Este contacto no es pasivo, sino que busca garantizar la sostenibilidad del ser humano en la tierra, sin ir en detrimento de un desarrollo económico, tecnológico y científico. Es importante seguir buscando el bienestar del hombre y del entorno de forma armónica y equilibrada.

Algunas fundamentaciones bíblicas del valor intrínseco de las criaturas

El ser humano tiende a asumir las implicaciones del paradigma tecnocrático en su quehacer diario y cotidiano. Esto puede llevarlo a olvidar que la naturaleza y cada uno de sus integrantes tienen un valor intrínseco, y es importante velar por su conservación, ya que el bienestar del entorno está íntimamente unido a la supervivencia y a la integridad del ser humano. Para los creyentes, el cuidado de las cosas no se da solo por un bienestar humano, sino también porque la

integralidad del universo es parte importante de un proyecto mayor de salvación (1 Co. 15:28), en el cual todas las criaturas están implicadas (Col. 1:19-20), debido al amor que Dios tiene por sus obras (Sb. 11: 24). El plan salvífico de Dios tiene en cuenta el cosmos, concebido como criatura (Gn. 1:1), querido y apreciado por el mismo Creador (Sal. 104:31). Dentro del entramado de la creación, no vemos al hombre como el centro absoluto de la obra creada (Loza y Duarte, 2013, p. 140), sino que es formado de la tierra misma para una vocación de administración responsable (Gn. 2:15). En esta medida, el hombre está llamado a alabar al Creador por sus maravillas en la naturaleza (Ap. 15:3) y a reconocer (escrutar, conocer, indagar, investigar) en las cosas una finalidad y un orden particular.

Consideramos que las intuiciones bíblicas ayudan a repensar, evaluar críticamente y superar las implicaciones negativas del paradigma tecnocrático. Un estudio detallado de los textos bíblicos, especialmente aquellos que se refieren a la creación y al contacto del hombre con las criaturas, permite abandonar tendencias que propician una utilización irresponsable de los recursos naturales. Además, pensamos que los aportes bíblicos también fundamentan una interacción con las cosas en orden a su utilización positiva, en ambientes de equilibrio que aseguren la subsistencia del hombre, que proyecten el desarrollo de la razón humana y que tiendan a una mayor justicia en la distribución de los recursos (Lv. 25).

Asimismo, la Biblia permite renunciar a una concepción antropocéntrica desviada (el hombre es administrador y representante-imagen de Dios en la creación, interpretando Gn. 1:27) que avala una manipulación abusiva de los recursos naturales en pro del sostenimiento de sistemas económicos que favorecen la violación de la dignidad del ser humano.

La Sagrada Escritura presenta referencias que nos ayudan a comprender que las cosas tienen un valor propio, fundamentado en la sabiduría divina (Jb. 38). En esta medida, afirmamos que las criaturas son buenas (Gn 1:31a), fundamentalmente porque han sido queridas, pensadas y ordenadas por Dios (Gn. 1:1). La acción humana está encaminada a cuidar algo que no le pertenece, porque el cosmos es propiedad del mismo Creador (Dt. 10:14, Lv. 25:23, Sal 24). No negamos que el hombre es una parte importante y particular dentro de las dinámicas del universo (Sal 8). Pero las criaturas no necesariamente giran alrededor del ser humano como centro, sino que todo tiene su fin último en el Creador; todo se dirige hacia Él. La creación es teotendiente, no antropocéntrica. El relato sacerdotal no presenta al hombre como centro de la creación, sino como parte de ella. El día séptimo es realmente hacia donde tiende todo lo creado. En Gn. 2:2-3, el autor refiere el motivo por el cual el Creador bendijo el día séptimo,

es decir, la culminación de toda la creación. El hombre participa de forma muy peculiar en la dinámica teotendiente de la creación.

Para desarrollar este apartado, en primer lugar, veremos la perspectiva que tiene Génesis respecto a la acción creadora. En segundo lugar, abordaremos una interpretación de la creación desde el valor del pueblo de Israel en la Alianza. Posteriormente, nos centraremos en el significado que los autores sapienciales dan a la concepción creatural del universo. En el Nuevo Testamento, nos proponemos reconocer una valoración particular de la Encarnación del *Logos*, quien asumió la condición humana-material y tuvo contacto con las criaturas en general. Finalmente, proponemos un acercamiento a la completud de los efectos salvíficos expresados en los textos paulinos, a propósito del efecto cósmico de la redención.

El valor de las criaturas en los relatos del libro del Génesis

Al comienzo de la Escritura, encontramos de inmediato la voluntad divina de crear: “en el principio creó Dios el cielo y la tierra” (Gn. 1:1). Todo el relato sacerdotal de la creación (Gn. 1:1-2, 4a) permite ver que, en primer lugar, el universo es obra de un Dios bueno y amoroso y, en segundo lugar, que las cosas tienen un orden, lo cual las lleva a responder, desde sus posibilidades y capacidades intrínsecas naturales, a la bondad divina que les ha dado el ser. Teniendo en cuenta el primer punto, la teología puede ver que el deseo divino de crear lleva a afirmar una bondad concreta en las criaturas, derivada del mismo Creador. Pero es importante que profundicemos en la segunda certeza, es decir, el orden de las cosas, dado por la acción creadora y la forma en la cual se presentan las criaturas.

Las implicaciones del paradigma tecnocrático tienden a fundamentar una manipulación excesiva de las cosas bajo el precepto del progreso humano y del crecimiento indeterminado de productos destinados al consumo. La creación provee al hombre y tiene la capacidad de sustentar su supervivencia en la Tierra. El relato sacerdotal de la creación muestra que Dios ordena las cosas. Al ver que el texto insiste en que las cosas fueron creadas por medio de la Palabra, podemos referirnos al hecho de que todo posee un sustrato intrínseco de verdad. Hay una distribución ordenada de las criaturas, posibilitando los espacios y ubicando en ellos a los habitantes correspondientes. La organización de las criaturas podemos corroborarla apelando a la expresión “todo se hace según su especie” (Gn. 1:11). Esta perspectiva puede animar al ser humano, antes de propender hacia una acción que afecte la naturaleza, a ser consciente de la organización de lo que encuentra a su alrededor. El carácter organizativo de la creación, basado en los textos

sagrados, es un factor que puede ser tenido en cuenta dentro de las dinámicas del desarrollo social, económico y tecnológico.

El autor sagrado es muy cuidadoso al afirmar que la completud de las cosas es obra de Dios (Gn. 2:4). En esta medida, el creyente descubre un valor adicional en el universo: el orden con el cual Dios ha creado posibilita a las criaturas ser señales que permitan al hombre orientar su acción cultural hacia Yahvé: “Dijo Dios: haya luceros en el firmamento celeste, para separar el día de la noche, y sirvan de señales para las solemnidades, días y años” (Gn. 1:14). Los seres también son creados para una orientación referida a la alabanza divina; esto las hace acreedoras de un valor particular. Además, las hace dignas de contemplación porque, a través de ellas, el ser humano puede acercarse a su Creador desde la acción cultural. En palabras de Von Rad (1982), “cuando la fe habla sobre la creación y vuelve sus ojos hacia Dios, lo único que se puede decir es que Dios creó un mundo perfecto” (p. 73).

También consideramos que el origen de las criaturas se fundamenta en el deseo amoroso que tuvo Dios al crear. “A todas las aves del cielo y a todos los reptiles de la tierra, a todo ser animado de vida, les doy la hierba verde como alimento. Y así fue. Vio Dios cuando había hecho, y todo estaba muy bien” (Gn. 1:30-31a). La bondad divina y la acción providente se dirigen a la completud de la creación. Esta iniciativa divina de alimentar se constituye en un indicio de la benevolencia divina para con toda criatura. La acción creadora y todo lo que ella conlleva (recibir la existencia, ser parte de un plan sabio, entrar en un proyecto salvífico, recibir el cuidado divino, etc.) recae sobre todas las cosas. El universo en su totalidad ha sido querido por Dios y desea su conservación en un equilibrio de relaciones (divinidad, humanidad y completud creada).

La expresión “y vio todo cuanto había hecho, y todo estaba *muy* bien” indica, para efectos de nuestra reflexión, que la totalidad de la creación es buena. Esta bondad de todas las cosas se puede fundamentar, de acuerdo con el pasaje bíblico, en la aceptación que Dios manifiesta hacia el universo (Kehl 2009, p. 55). El autor sagrado pone en boca del Creador una expresión contundente que lleva al creyente a contemplar el cosmos desde la perspectiva de la bondad. La expresión Gn. 1:30 “engloba todo lo creado por Dios; no se limita al hombre [...]. Todo es bueno porque cada cosa responde al fin que Dios se propuso al crearla; contribuye a la armonía del conjunto siendo distinta de las otras” (Loza, 2010, p. 60). Si Dios mismo ha expresado su aceptación por lo creado en su totalidad, también el creyente está orientado a encontrar la bondad en esa obra completamente buena, primero, porque es consciente de su autor, y segundo, porque la acción buena con la criatura también agrada al Hacedor.

El segundo relato de la creación, de tradición yahvista (2:4b-25), nos permite realizar un nuevo matiz con respecto al valor de las criaturas, en el cual el ser humano tiene un papel fundamental. Dios le ordena al hombre cuidar, servir y comer de los frutos del jardín: “tomó, pues, Yahvé Dios al hombre y lo dejó en el jardín de Edén, para que lo labrase y cultivase. Dios impuso al hombre este mandamiento: puedes comer de cualquier árbol del jardín” (Gn. 2:15-16). Entendemos que el ser humano es una criatura excelsa y particular en toda la obra creada. Sin embargo, las facultades que el mismo Creador concede a la criatura racional tienen una finalidad: cooperar con la obra creadora (labrar), cuidarla y alimentarse. Si el autor del relato pone en boca de Dios el mandato de cuidar, es porque hay una importancia y un valor intrínseco en cada criatura.

La creación y el valor del pueblo de Israel en la Alianza

Los relatos de la creación del libro del Génesis tienen una fundamentación remota, desde la cual el autor sagrado desarrolla la concepción bíblica de la divinidad creadora. Israel entiende a Dios desde la certeza de su bondad para con el pueblo en los acontecimientos más importantes de su historia: la liberación de Egipto (Ex. 3), el paso por el Mar Rojo (Ex. 14:15-ss.), el camino por el desierto (Ex. 16, 1-ss), la Alianza (Ex. 19) y la entrega de la Tierra Prometida (Jos 1), entre otros.

La proyección universal de la historia de Israel da como resultado la concepción del Dios Creador que tiene poder no solo sobre un pueblo, sino sobre todo el cosmos (Sal. 24:1), posibilitando, por encima de cualquier realidad o fuerza, su designio salvífico. Para Israel, el Dios que crea al pueblo (Gn. 12:2) es el mismo que organiza todas las cosas para que haya vida en el universo (Gn. 2:8). Para Ruiz de la Peña (1988), “antes de formular una doctrina sobre la creación expresa, Israel se apercibió reflejamente de que su Dios se había creado un pueblo gratuitamente de la nada” (p. 27). Israel se considera creado (formado) por el mismo Yahvé, quien sale al encuentro de los patriarcas y los llama para conformar una gran nación. En el libro del Deuteronomio se presenta esta perspectiva de creación tanto de Israel como del mundo en términos de pertenencia:

Mira: de Yahvé tu Dios son los cielos y los cielos de los cielos, la tierra y cuanto hay en ella; pero solo de tus padres se prendó Yahvé, amándolos, y eligió a los descendientes que tuvieran, a vosotros, de entre todos los pueblos, como sucede hoy. No más de setenta personas eran tus padres cuando bajaron a Egipto, y Yahvé tu Dios te ha hecho ahora numeroso como las estrellas del cielo. (Dt. 10:14-15)

El pueblo fue constituido por Dios a partir de una pareja de ancianos estériles (Gn. 17:1-ss). Yahvé no solo ha formado al pueblo, sino que también lo conduce a la tierra prometida (Ex. 13:21-22). En el proceso de cumplimiento de la promesa, la Alianza se constituye en el acontecimiento más patente de la cercanía divina. En ella se ratifica que Dios ama profundamente a Israel y que este amor se sigue manifestando en la historia del pueblo. En última instancia, podemos afirmar que, en el contexto de la Alianza, Dios hace que todo el pueblo sea destinatario de su bondad (Ex 3:79; 13, 21-22).

Las acciones salvíficas de Yahvé para con su pueblo pueden leerse en paralelo con los relatos de la creación, especialmente el del capítulo 2 del Génesis. Concretamente, el pueblo se entiende analógicamente bajo el concepto de creación. Así como Dios se comporta amorosamente con cada uno de los integrantes del pueblo elegido, también podemos afirmar que su amor divino se hace presente en todas las criaturas. Los israelitas debían asumir la Alianza para que el pueblo creciera y no sucumbiera ante los embates de las demás naciones (Ex 23, 20-23). Para esto, Dios llamaba a los jueces para que guiaran al pueblo (Jc. 2, 16-ss). Asimismo, llama a la vida al hombre para que administre responsablemente la creación. El pueblo tiene un valor importante, porque desde Israel Dios bendecirá a todas las naciones (Gn. 22:18). Simultáneamente, todas las criaturas tienen un valor particular que debe ser apreciado por el hombre. El israelita no podía vivir sin el pueblo; el ser humano no tendría la posibilidad de existir sin relacionarse con la tierra, con su entorno.

Creación y valor de las criaturas en los textos sapienciales

La visión creacional bíblica veterotestamentaria se desarrolló también en la literatura profética y en otros lugares de la Escritura. No obstante, aquí queremos apelar a una perspectiva sobre la fe en el Dios Creador que se fundamenta ya no en el concepto concreto de la Alianza con Israel, sino que se orienta a la contemplación directa de las cosas y las reflexiona con mayor profundidad en sí mismas. Este acercamiento a la reflexión directa sobre las criaturas lo encontramos en los textos llamados sapienciales y en algunos salmos. En efecto, para Ruiz de la Peña (1988), los textos sapienciales traen algo nuevo a la idea de creación. “Esta es objeto ahora de una atención ya no mediatizada por los motivos soteriológicos, sino dirigida a la contemplación de los atributos de Dios, reflejados en la estructura ontológica y en las cualidades del ser creado” (p. 53). Por esto, pensamos que en los textos sapienciales se puede encontrar una fundamentación adicional para ver el valor de las criaturas, contrapuesta a la visión utilitarista del paradigma tecnocrático.

La teología de la creación en los textos sapienciales (especialmente Proverbios, Sabiduría, Eclesiástico y Job) permite ver la importancia de la realidad en sí misma, a partir de un desarrollo conceptual de la reflexión sobre el cosmos, sus criaturas y el orden que se vislumbra en ellas. Morales (2010) afirma que “la creación es ahora [en los textos sapienciales] presentada no tanto en función de sus aspectos salvadores sino en su sentido propio de verdad objetiva, que es considerada en sí misma y por sí misma” (p. 43). El autor sagrado expresa con más claridad que el universo está lleno de belleza, orden y magnificencia. Los textos permiten comprender que la obra creada tiene un valor incalculable porque la belleza y el orden que ostenta le vienen del mismo Creador. Por esto, la contemplación de la naturaleza es motivo de adoración a Dios. Así las cosas, se fundamenta una actitud contemplativa hacia las criaturas porque, a partir de ellas, se posibilita el encuentro con el Hacedor. “El hombre es, por tanto, capaz de conocer a Dios por medio de la belleza de los entes creados. Dios es el autor de esa belleza” (Sayés, 2002, p. 43).

El hombre tiene la capacidad de contemplar la sabiduría divina que ha quedado impregnada en las criaturas. En el libro de Job leemos: “Atruenas Dios con su voz prodigiosa; él hace maravillas que ignoramos. Ordena al aguacero: llueve fuerte, interrumpe el trabajo de los hombres para que todos conozcan sus obras. ¿Sabes cómo [Dios] equilibra las nubes, prodigio de una ciencia consumada?” (Jb. 37:5, 6b-7, 16). Las cosas no son la fuente de la sabiduría. Esta se deja identificar en las dinámicas de las cosas y sus relaciones. “La sabiduría y el poder divinos sobrepasan desmesuradamente a las criaturas” (Morla, 2010, p. 173). El ser humano debe abrir los ojos para darse cuenta de un orden que se transparenta en las cosas.

Las dinámicas del paradigma tecnocrático pueden dificultar este sentido de contemplación de la sabiduría presente en las criaturas, porque las cosas son consideradas instrumentos de producción y de satisfacción material humana de manera unívoca y absoluta. Al ser humano se le presentan los productos artificialmente elaborados y no tiene la posibilidad de preguntarse sobre las dinámicas que se dan en relación con lo natural. La Escritura llama al hombre a valorar la creación porque nada es hecho por azar; cada cosa tiene un sentido, un orden y una finalidad en Dios. Además, la comprensión de las dinámicas de las criaturas en su entorno puede llegar a ser un camino que lleva al ser humano a actuar mejor consigo mismo, con los demás, con la divinidad y con la misma creación.

La actitud humana en el libro de Proverbios va mucho más allá, porque no solo se presenta una conciencia de la sabiduría divina presente en las cosas, sino que también las personas pueden aprender de las dinámicas y relaciones que

naturalmente tienen las criaturas: “acércate a la hormiga, perezoso, observa su conducta y aprende. Aunque no tiene jefe, ni capataz, ni dueño, asegura su alimento en el verano y recoge su comida en tiempos de siega” (Pr. 6:6-7). Teniendo en cuenta este texto, Rodríguez Torné (2011) afirma que “la sabiduría recogida en Proverbios ayuda al ser humano a tomar conciencia del puesto que ha recibido de Dios en el universo creado para tener éxito en él” (p. 55). En efecto, el hombre también está llamado a contemplar en las criaturas una forma de vivir mejor y más feliz. En otras palabras, al aplicar en su vida la sabiduría que Dios ha puesto en las cosas, el creyente puede llegar a ser sabio y tender hacia la felicidad. Finalmente, leemos en el libro de la Sabiduría: “son necios por naturaleza todos los hombres que no fueron capaces de conocer al Artífice, atendiendo a sus obras. Por la grandeza y hermosura de las criaturas se descubre, por analogía, a su Creador” (Sb 13:1b-5). La belleza de las criaturas y sus fuerzas sobrepasan el alcance humano. Las dinámicas naturales son imágenes del poder divino que ha querido crear todo dentro de una organización. De acuerdo con el espíritu de este pasaje bíblico, Cepeda Salazar (2016) afirma que “hay quienes investigan a profundidad, y no son excusables, porque pueden y deben encontrar a Dios a partir de la naturaleza [...] Los hombres pudiendo conocer a Dios por las criaturas, tomaron a estas como a Dios” (p. 178).

El texto de la sabiduría muestra que una acción sabia del hombre es tener la capacidad de darse cuenta de que el entorno en el que se encuentra tiene una singular belleza, la cual remite analógicamente al Creador. Una forma de actuar que tienda a la superación de las implicaciones negativas del paradigma tecnocrático se orienta a no percibir el entorno como un cúmulo de materia prima ordenada al sostén de un sistema económico que asegure la garantía de comodidades a una élite social; el creyente está llamado a contemplar y admirar la creación de manera que esta le lleve a la alabanza del Creador y, a su vez, a buscar medios que propendan hacia dinámicas de desarrollo que sean más equilibradas y favorezcan una producción equitativa y respetuosa de los límites que tienen los recursos materiales.

Encarnación y universalidad de la acción de Cristo

El estudio de algunos textos neotestamentarios también nos permite profundizar en la valoración de las criaturas y abrir el horizonte de comprensión respecto a la acción de Cristo en la tierra. En esta medida, afirmamos que toda la creación es destinataria de la bondad divina manifestada en la redención. En efecto, a partir del acontecimiento de la encarnación se lleva a cabo la plenitud de la revelación del designio salvífico de Dios para con el hombre y, en él, para con toda la

creación. Desde el libro del Génesis se afirmaba que el pecado del hombre también había afectado negativamente al resto de la creación. La redención permite que el ser humano vuelva a tener la capacidad de entablar una relación de amistad con Dios. Por tanto, la creación también se ve beneficiada por este acto salvífico, efectuado por la acción de Jesucristo.

Para el desarrollo de este apartado, vamos a tener en cuenta dos elementos: en primer lugar, la actitud que revela Cristo sobre el cuidado que el Padre tiene con las criaturas, y en segundo lugar, una visión más profunda de la encarnación presente en el evangelista Juan.

Consideremos el siguiente texto del evangelista Mateo: “Mirad las aves del cielo: no siembran, ni cosechan, ni recogen en graneros, pero vuestro Padre celestial las alimenta” (Mt. 6:26). En este texto vemos cómo, aunque no se enfatice en ello, el mismo Creador manifiesta un aprecio y una atención particular hacia las criaturas. El evangelista enfatiza la contemplación con el verbo “mirad”, desde el cual podemos referirnos a una insistencia en el acto humano de tener conciencia de lo que hay alrededor. El Papa Francisco comenta este texto afirmando: “El Señor podía invitar a otros a estar atentos a la belleza que hay en el mundo porque él mismo estaba en contacto permanente con la naturaleza y le prestaba una atención llena de cariño y asombro” (LS 97). La actitud de Cristo revela que, así como el Padre se preocupa por sus criaturas, el hombre debe hacer lo suyo en orden al cuidado y al contacto positivo con el entorno. Dicha actitud, que puede propender hacia la contemplación, partiendo de la observación y la atención, es la que afirmamos como punto de partida que ayuda a la superación de las implicaciones del paradigma tecnocrático.

Analizamos ahora una perspectiva más amplia de lo que implica la encarnación, no solamente apelando a su carácter antropológico, sino analizando su influjo en todas las criaturas. Tomemos un fragmento del cuarto evangelio: “Y la Palabra se hizo carne y puso su morada entre nosotros” (Jn. 1:14a). La encarnación del Verbo es una realidad que permite ver la importancia y el valor que tiene la criatura para Dios Creador. El Hijo de Dios que asume la condición humana demuestra la bondad y la dignidad que tiene el cosmos; Dios entra en contacto directo con aquello que ha hecho y que sigue cuidando. Ruiz de la Peña (1988) afirma: “el valor y la dignidad del ser creado son tales que el mismo Creador puede devenir en criatura” (p. 129). Referimos una doble dimensión de la encarnación: en primer lugar, una realidad inmediata, que se fundamenta en el hecho de que Dios se ha unido misteriosamente a la naturaleza humana en la persona de Jesucristo y, por ende, se dignifica al hombre. En segundo lugar, afirmamos que el Verbo también asume, toca y tiene contacto con la realidad material.

Dios se encarna asumiendo la condición humana, pero, a su vez y de forma simultánea, también toma para sí la realidad material, tiene contacto con la tierra y es presencia física y real con la creación. Ruiz de la Peña (1988), en su texto sobre Antropología Teológica Fundamental, afirma que “la encarnación de Dios es el sí definitivo al mundo y a la historia, que han sido asumidos por la humanidad del Verbo [...] El orden de la creación y el de la salvación obtienen así un punto de confluencia” (p. 219). Si Dios, con la encarnación, toca la condición humana y la santifica, así mismo, por su presencia en la realidad material, tiene contacto directo con la tierra, las plantas y los animales, los cuales se ven beneficiados por esta acción salvífica.

Tanto la revelación de una actitud benevolente y providente del Padre celestial como la concepción ampliada de la encarnación pueden constituirse en fundamentos teológicos desde los cuales el cristiano está llamado a contemplar la obra creadora como una realidad colmada de valor y belleza. La creación no es un elemento accidental y meramente instrumental. En el universo, el ser humano va descubriendo la plenitud de su existencia y se efectúa la acción salvífica dada por Dios. El Nuevo Testamento invita al creyente a detenerse ante las maravillas de la creación, a contemplar en ella la benevolencia de Dios y a saber que también ha sido tocada (apreciada y beneficiada) por la divinidad.

Reflexión a partir de los textos paulinos

La acción redentora de Cristo restaura la condición humana y, a su vez, tiene efectos sobre toda la creación. Pablo en la carta a los Romanos afirma:

Incluso la creación espera ansiosa y desea vivamente el momento que en se revela nuestra condición de hijos de Dios. La creación, en efecto, fue sometida a la caducidad, no espontáneamente, sino por voluntad de aquel que la sometió; pero latía en ella la esperanza de verse liberada de la esclavitud de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios (Rm. 8:19-21).

Este texto nos puede dar pistas para pensar en la bondad de la creación, aunque el fin del autor no sea expresar directamente esto. En primer lugar, las criaturas son agentes tenidos en cuenta dentro del plan salvífico, ya que, al ser afectadas por el pecado humano, también esperan que, por la gracia de Cristo, el hombre se vea revestido de la filiación divina. Kehl (2009) afirma: “la creación en su conjunto está ahora en el trance de los dolores del nuevo nacimiento, es decir, de verse liberada de su caducidad para alcanzar la participación de la libertad y la gloria de los hijos de Dios” (p. 241). En segundo lugar, el ser humano se convierte en garante consciente de lo que acontece a toda la obra creada. Por este motivo, debe cuidarla, apreciarla y valorarla. En tercer lugar, el texto permite ver que la

creación también es receptora de los efectos salvíficos de Cristo. Él, con su gracia, devuelve al ser humano su amistad con Dios Padre. De esta manera, también el cosmos se ve liberado del influjo del pecado provocado por la maldad humana.

Cabe la pregunta: ¿cómo podemos afirmar que la creación es afectada positivamente por la acción de Cristo? La respuesta la podemos encontrar en el mismo Pablo, apelando al himno cristológico de la carta a los Colosenses: “Él es imagen de Dios invisible, Primogénito de toda la creación, porque en él fueron creadas todas las cosas, en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles, tronos, dominaciones, principados, potestades. Todo fue creado por él y para él” (Col. 1:15-16). La participación de las criaturas en el plan salvífico es su plenificación en Cristo, razón de ser de la existencia de todas las cosas. Este hecho se manifiesta en la reconciliación de todas las cosas entre sí, mediante la acción salvífica del Señor en la cruz. Afirma Guelluy (1979) que “San Pablo habla claramente de la expectación de la creación, y enseña con energía que todo ha sido hecho para asociarse a la manifestación de la gloria de Dios en Cristo” (p. 68).

La redención tiene un carácter universal. Esta certeza puede constituir otro fundamento importante para contemplar la bondad de las criaturas. El universo, en su totalidad, forma parte de la acción salvífica de Dios y es un elemento integral en el camino de la redención humana. La meta de toda la creación, de acuerdo con lo planteado por san Pablo, es Cristo: “esta meta de la creación consiste en la reconciliación, ya anticipada por Jesucristo en su persona, que en su punto final abarcará al mundo entero, entre el creador y la creatura” (Kehl, 2009, p. 240). La gracia del Señor en el universo se manifiesta en la restauración de las relaciones vitales que fueron rotas en el viejo Adán. El hombre, abierto a la gracia, propende a la restitución de su relación con las criaturas (reconciliación), valorándolas en su condición, para promover una relación tal que garantice el desarrollo humano y, a su vez, la conservación de la naturaleza.

Argumentos tomistas que fundamentan la bondad de las criaturas

A lo largo de la historia de la reflexión teológica, se han dado diferentes aportes en torno al tema de la creación. Nos centramos de manera particular en el pensamiento de Tomás de Aquino porque consideramos que este autor articula y sintetiza los aportes que se habían dado hasta su momento. Además, la teología tomista tiene un influjo importante dentro de las perspectivas que hasta hoy se abordan en la Iglesia. Finalmente, algunas intuiciones del Doctor Angélico

permiten reflexionar sobre la superación de las implicaciones del paradigma tecnocrático en la actualidad, a partir de la reflexión sobre el valor de las criaturas.

Referimos las siguientes propuestas temáticas: en primer lugar, apelamos a una aproximación al concepto de creación, ubicándonos en el hecho de la condición relacional entre el Creador y la criatura. En segundo lugar, reflexionamos sobre que todas las criaturas tienen una bondad intrínseca, ya que la existencia significa un bien en cada cosa. Apelando al tema de las causas, profundizamos, como tercer elemento, en la percepción de la causa final de la creación. De igual modo, nos acercamos a la idea teológica, según la cual todas las criaturas presentan un vestigio o huella de la Trinidad y que, por ende, los creyentes pueden, a través de ellas, referirse al Creador. Finalmente, tenemos en cuenta que la perfección del cosmos es entendida desde la completud del conjunto, no en la singularidad de una u otra criatura o especie.

Concepto de creación en clave de relación. Bondad, verdad y belleza de las cosas.

Para afirmar la bondad de las cosas, desde los aportes de Tomás de Aquino, debemos tener claro el concepto que él tiene de creación. Para el Aquinate, crear es darle el ser a algo que no lo tenía (S. Th. I, q. 45, art. 6). En sentido estricto, el único que crea es Dios (S. Th. I, q. 44, art. 1). Las sustancias segundas (las criaturas) solo dan formas diversas a lo que ya existía. Tomás afirma la necesidad de que todo fue hecho por Dios, porque Él es la causa universal de todo ser (S. Th. I, q. 45, art. 2) y es el único que puede dar existencia a las cosas. Sin embargo, también debemos considerar el hecho de que las criaturas se mantengan en el ser. El Aquinate afirma: “La creación es algo en lo creado solo en cuanto a la relación. Porque lo que es creado no es hecho por movimiento o por cambio” (S. Th. I, q. 45, art. 3). El concepto de creación, entendido desde la perspectiva de la relación, permite afirmar que todas las cosas tienen un valor concreto: la existencia. Las cosas existen; por tanto, participan del ser y son parte del entramado universal de la realidad. La relación causal es permanente; es decir, Dios sigue siendo el fundamento de la existencia de los entes. De forma constante, el Creador sostiene a las criaturas en el ser; de lo contrario, se aniquilarían.

La dependencia causal que subyace al concepto de creación en Tomás de Aquino permite considerar un valor concreto en todos los entes. Hay una relación constante entre el Creador y la criatura (S. Th. I, q. 45, art. 3). Esto indica que el carácter creatural de todas las cosas trae consigo una dignidad concreta: todo lo que existe ha recibido el ser o la existencia de Dios mismo; Él ha querido otorgar el ser a las cosas. Dios también ha propiciado que la bondad de la existencia se

mantenga en las criaturas. El creyente está llamado a valorar la creación por el hecho mismo de que las cosas existen y bajo la conciencia de la procedencia del ser.

De acuerdo con el Aquinate, es más perfecto lo que existe que lo que no se encuentra en el ser. (S. Th. I, q. 48, art. 1) Podemos afirmar que las cosas ya tienen una cualidad en sí mismas: la existencia. En otras palabras, los entes tienen la cualidad de un bien: el ser. Lo que existe es bueno por el mero hecho de poseer la bondad de la existencia. Además de esta cualidad, los entes también tienen el valor de la inteligibilidad, es decir, de la verdad. Las criaturas son armónicas y presentan unidad y consistencia en sí mismas.

Las cualidades de verdad, bondad, unidad y belleza son otorgadas en mayor o menor grado a los seres creados. Dios participa al universo el acto de ser; en palabras de Santo Tomás, “es necesario que todos los seres, que son más o menos perfectos en razón de esta diversa participación [la del ser], tengan por causa un primer ser que es del todo perfecto” (S. Th. I, q. 44, art. 1). El acto de ser posibilita una comunicación de cualidades a las cosas: la bondad, la verdad, la belleza y la unidad. Estas características se constituyen en fundamentos sólidos para contemplar las criaturas. La sensibilidad humana ante las cualidades de las cosas puede propender a un trato más positivo hacia los elementos que se encuentran en la naturaleza.

Argumento de la causa final de las criaturas en Dios

La valoración de las criaturas también se puede fundamentar en la conciencia de su causa final. Para los escolásticos, las causas son el conjunto de aspectos que se unen para que exista un determinado ente. Al descubrir las causas de una cosa, era posible explicar convenientemente su realidad. El Aquinate refiere el conocimiento de la creación a tres causas: ejemplar (en la mente del Creador se encuentra el modelo de todo cuanto existe), eficiente (es Dios quien crea las cosas; Él es el hacedor) y final. Reflexionamos a continuación sobre la causa final referida al conocimiento de la creación.

El Aquinate afirma: “todos los seres desean a Dios como fin desde el momento en que desean algún bien, tanto si lo desean con el apetito inteligible, como con el sensible como con el natural, que no tiene conocimiento” (S. Th. I, q. 44, art. 4). Cada ente tiene en sí mismo una finalidad intrínseca que busca ser desplegada. En el ser humano, esta finalidad se descubre de forma consciente por efecto de su razón, inteligencia y voluntad. Las criaturas no racionales también tienen finalidades que les son propias y a las cuales llegan en el despliegue de sus potencialidades particulares. Las intuiciones de Tomás de Aquino, a propósito de

la reflexión sobre las finalidades de cada ente, invitan a desarrollar procesos científicos y tecnológicos que permitan clarificar los límites y criterios hasta donde el ser humano realmente puede llegar en orden a la manipulación que ejerce sobre el medio ambiente.

El tema de la causa final de la creación reviste una importancia actual, en cuanto a que las perspectivas tecnocráticas tienden a olvidar las finalidades de las realidades naturales, manipulando las cosas para el bien no solo del hombre, sino de los procesos de producción a gran escala, buscando un desarrollo material de un grupo concreto de la sociedad. El redescubrimiento de los límites intrínsecos de las cosas se puede generar a partir de una actitud contemplativa de la realidad, desde la cual la ciencia tendría la posibilidad de implementar criterios de acción y de transformación de los recursos. Valorar a las cosas por lo que son también implica tener en cuenta sus potencialidades y finalidades, buscando garantizar el despliegue de las mismas, así como su existencia y conservación. Todos los entes buscan la ejecución de sus capacidades porque esto les genera bienestar. En el campo de la teología, este bienestar refiere a las criaturas a Dios, el sumo Bien.

Vestigio de la Trinidad en la creación

Tomás de Aquino se pregunta en la cuestión 45 de la primera parte de la Suma Teológica si en las criaturas es posible encontrar algún vestigio trinitario. Ante esta pregunta, el Aquinate afirma:

en todas las criaturas se encuentra la representación de la Trinidad a modo de vestigio, en cuanto que en cada una de ellas hay algo que es necesario reducir a las personas divinas como a su causa. Pues cada criatura subsiste en su ser y tiene la forma con la que está determinada en una especie y tiene alguna relación con algo. Así, pues, cada una de ellas es una sustancia creada que representa a su causa y su principio y, de este modo, evoca la persona del Padre, que es principio sin principio. En cuanto que tiene una forma y pertenece a una especie determinada, representa a la Palabra, tal como la forma de la obra artística procede de la concepción del artista. Y en cuanto que está ordenada, representa al Espíritu Santo, en cuanto que es Amor; porque la ordenación del efecto a algo procede de la voluntad del creador. (S. Th. I, q. 45, art. 4)

El hombre, desde una perspectiva creyente, puede remitirse a la Trinidad a partir de la contemplación de las dinámicas de las criaturas. Tomás identifica las huellas de la divinidad en los entramados intramundanos. Dios ha querido dejar indicios de su acción creadora en las cosas que ha creado. El hombre, entonces, a partir de la participación de la inteligencia y la voluntad, está llamado a reconocer los vestigios de Dios en las cosas. Santo Tomás dice que las huellas de la Trinidad se encuentran en cada criatura porque se puede ver que cada una es algo (es

subsistencia, no se disuelve en un período de tiempo concreto, relación con el Padre), está formada por alguna especie (tiene cierto orden y distinción, referente al Verbo) y está en relación (cada cosa está relacionada con un sistema que la rodea y, en este sistema, tiene la posibilidad de llegar a su plenitud, potencializando sus características propias y teniendo en cuenta lo que se puede conocer sobre el Espíritu Santo). El hombre contempla, identifica y es consciente de la belleza y la bondad de las cosas, que, de forma singular, tienen la huella de su Creador.

La diversificación de las cosas y el valor de cada una de ellas

Las criaturas tienen diferentes formas de participar del ser de Dios. Hay criaturas que, por su nivel de razón, ostentan una participación mayor del ser otorgado por el Creador. Esto genera una suerte de jerarquía entre los seres. No obstante, esta diversificación de participación del ser no sustenta una dominación abusiva de las criaturas por parte del ser humano, sino que fundamenta, en primer lugar, la importancia de la diversidad en orden a la perfección del universo y, en segundo lugar, la posibilidad de una transformación de los recursos de forma equilibrada. El que unas criaturas tengan menor participación del ser que otras, aunque se refiera a una suerte de jerarquía en los entes, no fundamenta una actitud despótica del hombre hacia las cosas. Los seres humanos pueden propender hacia el reconocimiento de las peculiaridades que tiene cada ser. Tomás de Aquino afirma:

Así como la sabiduría divina es causa de la diversificación de las cosas por la perfección de universo, así también es causa de la desigualdad. Pues el universo no sería perfecto si en las cosas no hubiera más que un grado de bondad. (S. Th. I, q. 47, art. 2)

La desigualdad, la multiplicidad y la variedad de las cosas reflejan una orientación hacia la perfección del todo. Cada elemento en la creación contribuye, desde su singularidad y en la proporción debida, a la armonía del todo. Por este motivo, cada cosa tiene su valor concreto, desde el cual se puede entender su transformación por parte del ser humano. La biodiversidad y la multiformidad de las criaturas se entienden como una manifestación pluriforme de la bondad divina. Ninguna criatura, por sí sola, puede agotar la totalidad de la participación del ser dado por Dios. En el Génesis, el Creador ordena al hombre dominar las criaturas (Gn. 1:28) y poner nombre a los animales (Gn. 2:19). El tema del dominio humano sobre las demás criaturas se entiende, desde el pensamiento de Tomás de Aquino, como la realidad humana de poder ver la bondad de Dios en las realidades creadas.

Las cosas tienen potencialidades propias. El ser humano identifica racionalmente las facultades de los demás seres como partes del entramado del universo, contribuyendo a la perfección de la creación entera a través de la participación de sus singularidades con el medio. El Aquinate argumenta que “la bondad que en Dios se da en forma total y uniforme, en las criaturas se da de forma múltiple y dividida. Por lo tanto, el que más perfectamente participa de la bondad divina y la representa es todo el universo, más que cualquier otra criatura” (S. Th. I, q. 47, art. 1). El universo es un entramado de realidades que se relacionan armónicamente entre sí. Cada criatura tiene un valor en sí misma en cuanto a que tiene facultades únicas y, desde el desarrollo de estas facultades, también refleja la bondad y el poder del Creador. En definitiva, quien más participa de la bondad divina y la representa como tal no es el hombre en singular, sino todo el universo en su conjunto. Por ello, el ser racional está llamado a velar por esta diversidad, buscando recuperar un equilibrio de relaciones que permita la subsistencia de sus sistemas.

El *logos*, la autonomía y la contemplación de las criaturas

La relación entre las intuiciones que hemos hallado en la Sagrada Escritura y los aportes del Aquinate se expone con el fin de dar a conocer argumentos desde los cuales el cristianismo y, más concretamente, la teología pueden afirmar el valor propio de las criaturas. La certeza sobre la bondad intrínseca de las cosas se presenta como un puente o un paso importante que promueve cambios de actitud frente a las formas en que se relaciona el ser humano con la naturaleza. Este ejercicio de reflexión sobre la creación se realiza para animar un contacto más benéfico y positivo con las realidades naturales, buscando superar las implicaciones del paradigma tecnocrático. Como cristianos, un valor fundamental dentro de la experiencia de fe es la certeza de que el universo es producto de una acción creadora en la cual Dios tiene contacto con el cosmos, le da existencia y lo sostiene en el ser.

La acción contemplativa de la creación puede conducir al hombre a una toma de conciencia, en primer lugar, del daño que está sufriendo la tierra a causa de la manipulación desequilibrada y desordenada de los recursos y, en segundo lugar, de la belleza y el asombro que puede provocar en el hombre la variedad y la diversidad de formas de vida, paisajes, dinámicas, ecosistemas, etc. Gesché (2010) afirma que “lo primero que se nos pide, el primer acto de fe respecto a la creación, es contemplarla por ella misma, tomar nota de ella, recorrerla como se recorre un jardín que se acaba de recibir o adquirir” (p. 51). La promoción de una conciencia de lo creado tiene en cuenta sus dinámicas, sus bondades y su belleza.

Así, es posible considerar al cosmos como un don divino para el hombre que comparte con él el camino de salvación.

Proponemos abordar el presente apartado desde los siguientes aspectos: en primer lugar, a propósito de la posibilidad lógica de las cosas, considerar la idea de un universo como realidad provista de un *logos* particular, el cual conduce a la certeza del orden natural que también sirve de ejemplo para el hombre. En segundo lugar, un acercamiento a la idea de la valoración de las cosas a partir de la autonomía que tienen con respecto al Creador. Finalmente, nos referimos a algunas afirmaciones que nos invitan a ver en la espiritualidad, la condición sacramental y la liturgia de la Iglesia un llamado concreto a la valoración de las criaturas.

El logos presente en el universo. Posibilidad de aprendizaje humano

El cosmos puede ser conocido, estudiado y abordado conceptualmente por el ser humano. Este posee la capacidad ontológica y racional de asimilar y adquirir conocimientos a partir de un contacto epistemológico con lo que le rodea. En pocas palabras, el universo es fuente de conocimiento para el hombre. El cosmos presenta elementos de inteligibilidad que han sido impartidos por Dios al crearlo, los cuales pueden ser reconocidos y asumidos por el ser humano desde su facultad racional y cognitiva.

El *logos* al que nos referimos en el cosmos es el carácter inteligible que posee el entramado de las criaturas, el cual puede ser reconocido por la razón humana y que le lleva a crecer en su integralidad, tanto en la acción con los demás seres humanos como en su interacción y contacto con la realidad física. En la Sagrada Escritura, vemos que Dios ha creado todas las cosas por acción de su Palabra (Gn. 1:3). Esta creación se origina por el influjo del *Logos* divino, el cual será retomado en el evangelio de Juan (Jn. 1). El universo es parte del plan de Dios. La creación manifiesta en sí misma un orden y un sentido que refiere a la relacionalidad entre las mismas criaturas. Las criaturas poseen sus propias dinámicas, coherentes con lo que ellas mismas son. Estas dinamicidades inherentes a las cosas pueden ser conocidas por el hombre a través de su acción intelectual.

Podemos llegar a dos afirmaciones: en primer lugar, el cosmos es inteligible y ordenado, en cuanto a que, a pesar de las diferentes realidades, es posible identificar en él un equilibrio en el que se sostiene (en términos de Gesché, 2010, la creación es *cosmos*, p. 41). La realidad creada posee lecciones que el hombre puede adoptar para su crecimiento. En segundo lugar, en términos teológicos, esta posibilidad de inteligibilidad no deviene en la creación por ella misma, sino que le

ha sido concedida por el Creador, que, a su vez, permite que las cosas tengan la capacidad de desarrollar sus propias potencialidades.

Tomás de Aquino, según Kehl (2009), da a entender que la creación es, en primer lugar, una realidad dotada de bondad y, en segundo lugar, un entramado sustancial que puede llegar a conocerse porque posee valor de verdad, es decir, “que ha sido querida y concebida por Dios como realidad distinta, autónoma y dotada de valor propio, una realidad a la que puede tender, por consiguiente, la voluntad humana como a algo bueno y el conocimiento humano como algo verdadero” (p. 322). Los presupuestos de la concepción tomista de la creación nos orientan hacia la afirmación de la bondad de las cosas en sí mismas, desde la posibilidad de inteligibilidad en ellas. Este valor no es generado en la misma realidad material, sino que es otorgado por la voluntad del Creador.

Para los cristianos, la dimensión inteligible de las criaturas no solo se utiliza para procurar una mayor posibilidad de consumo y comodidad exagerada del hombre. El cosmos, según las intuiciones de Armendáriz (2001), es parte de un diálogo integrador entre Dios y el hombre. En la actualidad, estamos buscando “una síntesis que ensamble de nuevo los nombres de Dios, el mundo y el hombre, pero teniendo bien en cuenta la pujanza y relativa autonomía que entre tanto han adquirido los dos últimos” (p. 19). Las implicaciones del paradigma tecnocrático pueden hacer que la humanidad pierda de vista la dimensión inteligible y ordenada del universo, orientando a las personas hacia una ruptura entre los entramados naturales presentes en los ecosistemas y las interacciones entre los seres vivos y su medio. El diálogo obliga al ser humano a salir de sí mismo para encontrarse con la realidad que lo rodea (la creación) y con Aquel que lo sobrepasa (Dios). La actitud dialogal se fundamenta en la contemplación de la naturaleza, en la cual se da cuenta sensiblemente de la belleza, la verdad, la unidad y la inteligibilidad que hay a su alrededor.

La conciencia del carácter inteligible de las criaturas, dado por participación divina, conduce a la actitud de humildad en la cual el hombre debe reconocer que tiene mucho por aprender de la misma naturaleza. El teólogo brasileño Leonardo Boff (2016) recuerda que “la primera revelación divina es la voz de la naturaleza, el verdadero libro parlante de Dios” (p. 146). Contemplar la creación conduce al conocimiento de la misma. Las cosas sugieren constantemente sus maravillas en las lógicas de sus sistemas y en sus constantes relaciones. Gesché (2010) se pregunta: “¿no es el mundo nuestra morada, nuestra casa, nuestro *oikos*, nuestra *oikoumene*? Y para [...] que continúe siéndolo, quizás tenemos necesidad, ante todo, de volver a encontrar su sentido y su inteligibilidad, más que asegurar su dominio o su utilización” (p. 11).

El cosmos tiene mucho que enseñar a la humanidad. Esta, al conocer las dinámicas de las cosas, puede favorecer una transformación más respetuosa y equilibrada de las mismas. Dentro de las reflexiones teológicas, el hombre tiene la posibilidad de entender y aprender de la creación, porque ella misma ha sido hecha por la acción inteligente de un Creador no solo amoroso, sino también sabio. Dios impregna su orden inteligente en las cosas que crea. En palabras de Moorman (2005), “interpretando el proceso continuado como autorrevelación de Dios, los teólogos pueden alcanzar una comprensión más profunda del propósito de Dios en la creación. A través de las obras divinas, Dios se da a conocer y da a conocer sus propósitos” (p. 87). La conciencia del *logos* en la creación puede llevar al hombre a actitudes de humildad y sabiduría en su actuar en la naturaleza y con la tierra.

El reconocimiento de la dimensión inteligible de las cosas puede llevar a la superación del antropocentrismo desviado. Buscamos reflexionar sobre un alejamiento de la actitud según la cual el hombre se siente con la capacidad de manipular desproporcionadamente el entorno, desconociendo las dinámicas propias que sustentan la vida de los ecosistemas. Gesché (2017) recuerda que “cuando el hombre tiene como única perspectiva al hombre, aun en la grandeza de la aventura común, podemos entender que sufre a la larga una restricción. ¿Es el hombre el único fin del hombre?” (p. 51). En última instancia, pretendemos un descentramiento de lo humano, un abandono del exacerbado antropocentrismo que, desde contextos cristianos y no cristianos, ha favorecido las implicaciones del paradigma tecnocrático que siguen poniendo en peligro la vida en la Tierra.

Valoración de las criaturas a partir de su autonomía con respecto al Creador

El concepto de creación refiere a una doble dinámica en las criaturas: en primer lugar, su dependencia de existencia con respecto al Creador. En Tomás de Aquino, esto se reflexiona dentro del carácter relacional constante de Dios en la creación. En segundo lugar, el carácter autónomo que tienen las criaturas, en cuanto a que recibieron de Dios la capacidad de desplegar sus propias potencialidades, atiende al desarrollo de sus particularidades naturales. Aquí, reflexionamos sobre la autonomía que tienen las criaturas como un criterio más que puede llevar a la reflexión sobre la bondad intrínseca de los seres creados. El descubrimiento de esta autonomía permite al creyente determinar que las cosas tienen sus dinámicas y que toda transformación humana debe tener en cuenta dicha dinamicidad para garantizar la sostenibilidad de los recursos.

La condición creatural es concebida por el cristianismo desde categorías particulares que orientan al creyente a afirmar la posibilidad del desarrollo propio de las criaturas. Gesché (2010) afirma: “Dios, precisamente, ha querido un cosmos que no sea puro dictado, sino espacio de posibilidades internas y de libertad inventiva” (p. 71). La creación no es un sistema cerrado, absolutamente manipulado por Dios, sino que se constituye en un espacio abierto que se transforma y se orienta hacia su plenitud. En el universo, entendido como criatura, los seres tienen lugar para su realización; allí caben las dinámicas de las posibilidades internas de las cosas y de la libertad humana. El primer relato de la creación puede iluminar este tema, dice el texto sagrado:

Dijo Dios: Produzca la tierra vegetación: hierbas que den semilla y árboles frutales que den fruto según su especie, con su semilla dentro, sobre la tierra. Y así fue. La tierra produjo vegetación: hierbas que dan semilla según sus especies y árboles que dan fruto con la semilla adentro según sus especies; y vio Dios que estaba bien. (Gn. 1:11-12)

El texto bíblico conduce a reflexiones complementarias: en primer lugar, las cosas tienen un origen y una dependencia del Creador. La condición creatural de los seres indica que su razón y motivo de ser se encuentran en Dios. En segundo lugar, vemos que, después de pronunciar la palabra creadora, el sujeto de la acción ya no es Dios, sino la misma criatura. En efecto, la tierra es la que produce la vegetación. Comprendemos que las cosas, si bien dependen del Creador en cuanto a la permanencia de su existencia, también ostentan, por don del mismo Dios, una autonomía en sus dinámicas y procesos. Ruiz de la Peña (1988) afirma que muchos textos bíblicos apuntan a una acción divina en el cosmos que estriba más en promocionar a la criatura, en hacerla actuar, elevando su virtualidad, que en anularla con el peso de la omnipotencia o reducirla al papel de mero espectador pasivo” (p. 124). La forma en que la divinidad provee la subsistencia de las cosas nos permite dar cuenta de una valoración de las dinámicas mismas que ellas tienen. No afirmamos una alienante dependencia del Creador, sino un positivo acompañamiento que propende hacia la contemplación humana del valor de las criaturas.

El tema de la autonomía de las criaturas es importante por dos elementos: en primer lugar, porque existe una posibilidad real de destrucción de las cosas. En efecto, la idea de perenne continuidad y de seguridad con respecto al mantenimiento de las criaturas no está totalmente asegurada. Dios ha permitido que los seres tengan sus dinámicas propias; no ha arrebatado de ellos el hecho de ser causas segundas (la Causa Primera, en temas de creación, es solamente Dios). Por ello, en la creación, las cosas tienen un ámbito de espontaneidad en el cual

puede darse la posibilidad de destrucción. El Papa Francisco insiste en que el paradigma tecnocrático tiende a olvidar las limitaciones de las cosas en pro de una producción ilimitada para un consumo desordenado de productos (LS 106). Nos damos cuenta de que los ecosistemas tienen una serie de relaciones en las cuales las potencialidades de cada individuo contribuyen positivamente al mantenimiento y equilibrio del sistema. Una especie faltante significa un descontrol dentro de las dinámicas propias del hábitat, lo cual puede ocasionar la muerte de otras especies.

En segundo lugar, más allá de un temor a la destrucción, en cada criatura podemos encontrar particularidades valiosas y capacidades asombrosas que el ser humano nunca podría llegar a desarrollar naturalmente. El vuelo de las aves, la forma en que se camuflan algunos animales, la longevidad de ciertas especies de árboles y la destreza de los felinos son solo algunos ejemplos de la magnificencia de la creación. Todo ello merece una profunda admiración por parte del ser humano, ya que es el único ser (hasta donde conocemos) que tiene la capacidad de ser consciente de estas realidades. Con razón, el creyente puede, desde esta contemplación, alabar al Creador por las obras que ha realizado, al estilo del salmista: “¡Cuán numerosas tus obras, Yahvé! Todas las hiciste con sabiduría, de tus criaturas se llena la tierra” (Sal. 104(103):24).

La actitud contemplativa de la creación en proyección espiritual cristiana

El contacto con las cosas en una actitud contemplativa podría conducir al cristiano al redescubrimiento de un sentido intrínseco en la naturaleza, afirmando así un criterio más para considerar el valor intrínseco de las criaturas. Podemos identificar la capacidad espiritual del hombre hacia las criaturas con la posibilidad humana de referirse a la alabanza divina a partir de la percepción, el asombro y el estupor de lo creado. De esta manera, el creyente podría tener la posibilidad de encontrar en el cosmos un aprecio que lo remite al encuentro de un valor simbólico y trascendente, un carácter inteligible y un espejo divino. Torres Queiruga (1996) precisa esta idea, afirmando que es necesario experimentar un contacto nuevo con la naturaleza, procurando la percepción de lo divino en las cosas, “ya sin adherencias mágicas ni intervencionismos arcaicos, sino en la fuerza misma de su avance, en el funcionamiento mismo de la legalidad natural, que se nos hace transparente y diáfana para la presencia amorosa que la crea y la sostiene” (p. 100).

El creyente puede encontrar en la naturaleza los vestigios del Creador a partir de un contacto positivo, respetuoso y reconciliador con la creación. Afirma Kehl

(2009) que “un solo y único artista actúa en el trabajo creador; por eso, al observador creyente se le presenta la creación como una obra artística con múltiples tonos, armoniosa en su conjunto, suscitadora de asombro y aprobación” (p. 254). En esta dinámica contemplativa, el creyente ya no manipularía la naturaleza arbitrariamente, sino que trabajaría en ella con una actitud de respeto y cercanía hacia las realidades creadas, sabiendo que se encuentra ante una realidad que le remite a Dios. En la exhortación apostólica postsinodal Querida Amazonia, el Papa Francisco logra unificar el ejercicio de la contemplación (que él llama profética) de la creación (referida en este caso a la Amazonia) y la orientación hacia una actitud espiritual en términos de oración:

Despertemos el sentido estético y contemplativo que Dios puso en nosotros y que a veces dejamos atrofiar. Recordemos que cuando alguien no aprende a detenerse para percibir y valorar lo bello, no es extraño que todo se convierta para él en objeto de uso y abuso inescrupuloso. En cambio, si entramos en comunión con la selva [a nivel extensivo nosotros afirmaríamos la comunión con toda la creación], fácilmente nuestra voz se unirá a la de ella y se convertirá en oración. (QA 56)

La creación recibe como don la capacidad de orientar al hombre hacia el Creador. El ser humano puede encontrar en la naturaleza una fuente de espiritualidad que es opacada por las dinámicas del paradigma tecnocrático. El Pontífice llama la atención sobre la necesidad de reavivar en nosotros las capacidades estéticas y contemplativas que han sido dadas al ser humano por el Creador. Estas facultades ayudan a identificar en las cosas las huellas divinas que permiten al hombre trascender hacia Dios mismo. Entonces, la importancia y el valor de toda la naturaleza radican en que se convierte en un puente que permite el contacto entre la divinidad y la humanidad. De esta forma, las cosas ya no son tomadas como instrumentos inertes y meramente útiles, sino como agentes reales en el desarrollo de la dimensión espiritual del ser humano.

El sacerdote jesuita Teilhard de Chardin es un ejemplo de esta actitud contemplativa y espiritual hacia las criaturas, en las cuales veía cómo se trasparentaba de manera admirable el Creador. Teilhard, “místico, por un lado, y apasionado del reino de la tierra por otro, logró como pocos ver a Dios en la realidad y percibir la fuerza de la creación divina en el movimiento mismo de la evolución cósmica” (Torres Queiruga, 1997, p. 98-99). La presencia misteriosa de Dios que el creyente puede encontrar en las criaturas puede conducirlo hacia la valoración de los procesos y las realidades que lo rodean. En el Himno a la Materia, el padre Chardin afirmaba: “bendita seas, universal Materia, ¿Duración sin límites? Éter sin riberas, Triple abismo de las estrellas, los átomos y las

generaciones que, al desbordar y disolver nuestras estrechas medidas, nos revelas las dimensiones de Dios” (Chardin, 2002, p. 81).

La acción de Dios en las cosas también se ordena a la capacidad que Él mismo les ha dado para que se desarrollen y se transformen, se vuelvan más complejas y se dirijan hacia su plenitud. El Creador favorece el valor de las dinámicas de la creación que se orientan hacia arriba y hacia adelante, integrando la doctrina cristiana de la creación trinitaria de las cosas y encontrando a Dios transparentado en la materia y sus dinámicas. El Creador conduce respetuosamente a las criaturas hacia su consumación en Él mismo, como absoluto fin y plenitud de todo lo que existe (teotendencia). El jesuita entiende la Encarnación del Verbo como una muestra concreta de la encarnación de Dios en la materia. A partir de estas perspectivas contemplativas y espirituales, el cristiano encuentra un fundamento para la valoración de las criaturas.

La celebración de la creación en la realidad sacramental de la Iglesia

La concepción sacramental de la Iglesia conduce también, desde presupuestos teológicos, a la afirmación y el aprecio de las criaturas. Para el cristiano, la dimensión espiritual y contemplativa se dirige a la celebración comunitaria de los misterios de Dios, quien se da a conocer y sale al encuentro del hombre, revelando y procurando la salvación. La gracia divina se hace visible y perceptible para los creyentes a través de realidades visibles, elementos concretos que forman parte de la creación.

Los elementos físicos usados en los ritos sacramentales son tomados de la creación. Aquí hay un elemento de consagración. Nosotros entendemos que Dios se manifiesta en la creación; en ella encontramos los vestigios de la presencia divina. En la realidad sacramental, estos elementos tomados de la creación visibilizan de una manera nueva la salvación, es decir, se convierten en canales de la gracia de Dios de manera nueva. En palabras de Müller (2009), “dado que su naturaleza [la del ser humano] tiene una estructura corpórea, mundana y social, interpersonal, histórica y temporal, su encuentro con Dios en la gracia y la fe adquiere una forma visible” (p. 641). En esta medida, la sacramentalidad realza y da plenitud a esa presencia misteriosa de Dios que está en las criaturas. La teología cristiana puede reflexionar en torno a dos elementos que derivan de esta realidad sacramental eclesial y celebrativa.

En primer lugar, el creyente no solamente ve a las realidades creadas como parte de la realidad material, sino que también ellas son parte fundamental del proceso de salvación, cuya gracia se comparte a través de los sacramentos, entendidos como signos visibles y eficaces. La constitución dogmática *Sacrosantum*

Concilium afirma: “los signos sensibles significan y, cada uno a su manera, realizan la santificación del hombre” (SC 7). Debido a que los signos son realidades creadas, el creyente encuentra en la creación un medio visible en el cual la gracia se hace manifiesta y, por la eficacia de la acción de Cristo, halla en ella los bienes salvíficos.

En segundo lugar, la celebración litúrgica que se experimenta en los sacramentos permite al creyente tener conciencia del alcance universal de la salvación efectuada por Cristo. Afirma Kehl (2009): “la naturaleza entera, en su nuevamente despertada alegría vital, se une a la armonía del canto de alabanza pascual de los ángeles en el cielo y de los cristianos en la tierra” (p. 100). La acción litúrgica de la Iglesia, en el contexto pascual, expresa la eficacia de la salvación efectuada por Cristo no solamente enmarcada en el ámbito eclesial, sino que extiende su eficacia a todo el cosmos. Esto se ve expresado en las alabanzas y en las expresiones de júbilo que se presentan en los textos litúrgicos, que animan al pueblo de Dios a celebrar la resurrección.

La Iglesia proclama que la alegría del Resucitado y su acción victoriosa no se limitan al beneficio exclusivamente humano. El Cristo glorioso también se hace presente en la realidad material, reconociendo el valor de las criaturas. Para el cristiano, la fiesta de la Pascua no debería significar solo un acontecimiento exclusivo de una soteriología humana, sino que podría ver en las grandezas del amor de Dios manifestadas en Cristo un punto de partida para darse cuenta de que las criaturas también comparten esta alegría y, por ende, son compañeras en el camino que conduce al cielo nuevo y la tierra nueva.

En última instancia, la liturgia se convierte en un ámbito en el cual el creyente toma conciencia de su lugar en el universo, de su misión hacia la creación y afirma en ella la bondad de las criaturas. La celebración podría llegar a ser un espacio que propicie la proyección contemplativa de la creación, alabando y glorificando al Dios Creador de todo.

Conclusiones

Hemos afirmado, desde diferentes perspectivas, la forma en que la teología puede acudir a una reflexión sobre la valoración de la bondad intrínseca de las criaturas. En este sentido, hemos tenido en cuenta las implicaciones del paradigma tecnocrático en la sociedad actual, los peligros que esta perspectiva representa para el medio ambiente y la responsabilidad que demanda un cambio de pensamiento en relación con la forma en que la humanidad transforma los recursos naturales para su bienestar.

Podemos afirmar que un primer paso para la transformación de los pensamientos y comportamientos humanos que favorecen el derroche y el mal uso de los recursos naturales es adoptar una actitud contemplativa hacia la creación. El ser humano tiene la capacidad de transformar su entorno, pero debe estar atento a las posibilidades y la conveniencia de estas transformaciones. Para desarrollar esta atención, es importante volver la mirada hacia las cosas, ser conscientes de sus dinámicas y finalidades intrínsecas, de manera que, en actitud de respeto y admiración, se propicie un contacto positivo, equilibrado y justo con ellas. Esto garantizaría la supervivencia del ser humano en la Tierra y la conservación de los recursos.

La teología y la experiencia creyente pueden contribuir en gran medida al fomento de la actitud contemplativa hacia la naturaleza. Desde el concepto de creación, la teología cristiana puede fundamentar actitudes de cercanía y redescubrimiento de los valores últimos que poseen las cosas. Esto dirige hacia un desarrollo de la dimensión espiritual del ser humano y una reconciliación con las criaturas. Además, favorece la vivencia celebrativa del cristiano en cuanto a la concepción sacramental que tiene la Iglesia y a la forma en que el creyente se remite a Dios desde sus vestigios impresos en las realidades creadas.

Advertimos que la profundización valorativa del cosmos, en cuanto tal, no se realiza en detrimento de la dignidad humana. La concepción cristiana, fundamentada en la Sagrada Escritura, busca una perspectiva antropológica equilibrada que no derive en un biocentrismo, según el cual la condición humana debe ser mermada al ámbito meramente natural o animal, de cara a los influjos humanos en el medio ambiente; ni en un tecnicismo exacerbado que considera el crecimiento técnico y su influencia en todos los ámbitos de la vida, tanto social como material, como la única y definitiva medida de desarrollo humano. La concepción de una valoración positiva de la naturaleza enriquece al ser humano. En la creación, la persona puede descubrir las posibilidades de realización y de plenitud integral, y encuentra el desarrollo de su experiencia racional, material, social, espiritual y religiosa.

Por otro lado, constatamos que algunos de los aportes que la teología puede dar a la valoración de las cosas en sí mismas son: primero, la concepción misma de creación, en la cual las cosas son queridas, planeadas y pensadas por un Dios que voluntariamente ha dado el ser a lo que existe. Segundo, derivado del dato revelado, entendemos que las criaturas tienen un sustrato de verdad que les viene dado por la acción del Verbo en el acto creador. Tercero, el hombre, con sus facultades cognitivas, puede percibir, aprender y crecer en el contacto y la relación con las cosas. Cuarto, la forma como el hombre encuentra el valor en las criaturas se da en la dinámica del mandato divino de dominar, presente en el libro

del Génesis: cuidar, cultivar y comer. Quinto, los textos sapienciales permiten ver que el ser humano está llamado a remitirse al Creador a partir de las perfecciones de las criaturas y que en ellas encuentra un fundamento de sabiduría para su propia existencia.

En el Nuevo Testamento, apreciamos que Cristo manifiesta una forma nueva de percibir la acción divina en el cosmos, y su actitud frente a las cosas permite fundamentar la perspectiva de Dios como Padre que no abandona a sus criaturas y que las cuida con su providencia. Este elemento se constituye en un ejemplo de acción para el hombre y su relación con las cosas. Por otro lado, el hecho de la encarnación da a entender el contacto que tuvo la divinidad con las realidades materiales, lo cual las dignifica y les otorga un carácter de profundidad particular que el hombre está llamado a reconocer. En el contexto paulino, encontramos una completud del efecto salvífico, el cual también abarca a la creación entera en cuanto a que ella espera a que se manifieste en su totalidad la gracia divina en la humanidad.

Para Tomás de Aquino, la creación se fundamenta en la relación constante que tiene Dios con las criaturas, ya que Él es el fundamento de la existencia de los entes creados. Paralelamente, podemos afirmar que esta relación es un fundamento radical que determina, en gran medida, la existencia del hombre. Además, la perspectiva de bondad se fundamenta metafísicamente en la existencia de las cosas, teniendo en cuenta que lo que existe ya posee un valor de bien en sí mismo. Todos los entes son buenos en cuanto son; pero no solo eso, también podemos darnos cuenta de la diversidad de participación del ser que hay en la creación, lo cual determina la pluralidad de criaturas que, en su totalidad, da a entender la perfección del universo.

Finalmente, tenemos en cuenta que, desde las intuiciones bíblicas y los aportes de los teólogos, afirmamos una posibilidad de conocimiento humano presente en el universo. Las criaturas presentan un *logos* dado por Dios para que, por un lado, sea conocido Él en sus obras y, por el otro, el hombre pueda crecer integralmente en el desarrollo de su contacto con las cosas. El orden, presente en el universo, fundamenta el valor intrínseco de las criaturas. El ser humano, al verse interpelado por este orden, debe propender a una actitud de humildad frente a la naturaleza, sabiendo que tiene mucho que aprender de lo que le rodea. Por otro lado, afirmamos el valor propio de las criaturas no solo en su condición de dependencia del Creador, sino, de manera concreta, en su autonomía frente a Él, apelando a la capacidad de desarrollo y de potencialidades propias. Todo lo anterior busca fundamentar una actitud de respeto, contemplación y reconciliación con la naturaleza. El ser humano y, de manera particular, el cristiano, pueden orientar sus acciones hacia las cosas a partir de la contemplación, sin negar o eliminar la

posibilidad de transformación de las materias primas en el ejercicio de la vida cotidiana, laboral, económica y social.

Referencias

- Bellver, V. (2017). Contra el paradigma tecnocrático: la posición del Papa Francisco. *Argumentos de Razón Técnica*. 20, 149-169.
<https://institucional.us.es/revistas/argumentos/20/09%20ARTBellver.pdf>
- Benedicto XVI (2009). *Carta encíclica Caritas in Veritate, sobre el desarrollo humano integral en la caridad y en la verdad*. Tipografía Vaticana. https://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/encyclicals/documents/hf_ben-xvi_enc_20090629_caritas-in-veritate.html
- Boff, L. (2015). *La tierra está en nuestras manos. Una nueva visión del planeta y de la humanidad*. Sal Terrae.
- Cepeda Salazar, A. (2016). El libro de la sabiduría. Nieto Rentería, F.; Cepeda Salazar, A. y Chávez Jiménez, H. (2016). *Introducción a la literatura sapiencial. Proverbios, Job, Qohélet, Sabiduría y Eclesiástico*. Verbo Divino.
- Chardin, P. (2002). *El corazón de la Materia*. Sal Terrae.
- Concilio Vaticano II (1963). *Constitución dogmática sobre la sagrada liturgia Sacrosantum Concilium*.
https://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19631204_sacrosantum-concilium_sp.html
- Escuela bíblica de Jerusalén (2009). *Biblia de Jerusalén. Nueva Edición totalmente revisada* (4ª Ed.). Desclee de Brower.
- Estévez, A. (2005). Apuntes para una genealogía de la tecnocracia. *Centro de Investigación en Administración Pública*. 1-35. Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Económicas.
- Francisco (2013). *Exhortación apostólica Evangelii Gaudium, sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual*. Editrice Vaticana.
https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20131124_evangelii-gaudium.html
- Francisco (2015). *Carta Encíclica Laudato Sí Sobre el cuidado de la casa común*. Tipografía Vaticana. http://www.vatican.va/content/dam/francesco/pdf/encyclicals/documents/papa-francesco_20150524_enciclica-laudato-si_sp.pdf
- Francisco (2020). *Exhortación Apostólica Postsinodal Querida Amazonia*. Tipografía Vaticana.
https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20200202_querida-amazonia.html
- Gesché, A. (2010). *El Cosmos*. Sígueme.
- Gesché, A. (2017). *Teología*. Sígueme.
- Guelluy, R. (1979). *La creación*. 2ª edición. Herder.
- Kehl, M. (2009). *Contempló Dios toda su obra y estaba muy bien. Una teología de la creación*. Herder.

- Loza, J. (2010). *Génesis 1-11* (2ª ed.) Desclee De Brouwer.
- Loza, J. y Duarte, R. (2013). *Introducción al Pentateuco. Génesis*. Verbo Divino.
- Marín Ardila, L. (2007). La noción de paradigma. *Signo y Pensamiento*, (50), 34-45.
http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0120-48232007000100004&lng=en&tlng=es.
- Mejía Correa, I. F. (2016). 'Laudato si': un nuevo paradigma ecológico. *Revista Albertus Magnus*, 7(1), 137-154. <https://revistas.usantotomas.edu.co/index.php/albertus-magnus/article/view/2693/2606>
- Moltmann, J. (1987). *Dios en la Creación*. Sígueme.
- Morales, J. (2016). *El misterio de la Creación*. Eunsa.
- Morla, V. (2010). *Job. 29-42. Comentarios a la Nueva Biblia de Jerusalén*. Desclee De Brouwer.
- Müller, G. (2009). *Dogmática. Teoría y práctica de la teología*. Herder.
- Plaza, A. (2015). Elementos conceptuales para el análisis de la Tecocracia: Hacia una definición teórica. *Revista Némesis*, (12), 13-32.
[https://www.academia.edu/download/38337040/3.Elementos_conceptuales_para_el_analisis_de_la_Tecnocracia_Alejandro_Plaza.pdf](https://www.academia.edu/download/38337040/3_Elementos_conceptuales_para_el_analisis_de_la_Tecnocracia_Alejandro_Plaza.pdf)
- Remolina, G. (2018). Crítica al paradigma tecnocrático. *Revista Cultura y Economía*, 36 (96), 95-107. <file:///C:/Users/flowe/Downloads/1526-5365-1-PB.pdf>
- Rodríguez Torné, I. (2011). *El libro de Proverbios: tres textos, tres lecturas. El trasfondo sociocultural de los escritores, traductores, lectores y comunidades receptoras de TM, LXX y Vulg.: El caso de Proverbios*. Universidad Complutense de Madrid. Facultad de Filología. Departamentos de Estudios Hebreos y Arameos.
<https://eprints.ucm.es/id/eprint/12664/1/T32585.pdf>
- Ruiz de la Peña, J. (1988). *Imagen de Dios. Antropología teológica fundamental*. (5ª ed.) Sal Terrae.
- Ruiz de la Peña, J. (1988). *Teología de la Creación*. Sal Terrae.
- Sayés, J. (2002). *Teología de la creación*. Palabra.
- Tomás de Aquino (2006) *Suma de Teología* (Parte I). Biblioteca de Autores Cristianos.
- Von Rad, G. (1982). *El libro del Génesis*. (2ª ed.) Sígueme.